VEINTE DUROS DE PIPAS

CUENTO

LA primera vez que oyó hablar sobre aquello había sido de una manera vaga, inconcreta, como de algo lejano.

Fué en casa de la señora de los perros, la amiga de tía Elsa, mientras jugaba a vestir y desvestir a los perrillos con las mantitas que su ama les confeccionaba para que no se enfriasen.

—¿Qué es el suburbio?—había preguntado.

Tía Elsa y doña Matildita, la dueña de los perros, pusieron caras compungidas.

—Algo muy triste que aún no puedes comprender, hijita.

Doña Matildita, cogiendo su bolsa de labores, sacó unos diminutos jerseys y se los mostró.

—Cuando tengas unos años más harás jerseys como éstos y luego iremos a llevárselos a los niños del suburbio.

—¿Es que esos niños no crecen?

—Claro, no sé por qué preguntas esas tonterías—dijo tía Elsa.

—Es que para entonces esos jerseys se les habrán quedado pequeños.

—Para entonces—aclaró complaciente doña Matildita—habrá otros niños, no te preocupes.

Y ella se imaginó que el suburbio era una especie de asilo siempre lleno de niños medio desnudos y tiritando de frío.

Pasaron unos años, pero en vez de ponerla a hacer jerseys la pusieron en un pensionado.

Otros cuantos años más, y todo siguió su curso: las primeras medias, los primeros zapatos de tacón, el primer baile...

Seguía oyendo hablar del suburbio cada vez más alto; lo encontraba en todos los diarios, en las revistas; lo gritaban las radios, la televisión, las tómbolas callejeras con altavoces torturantes que obligaban a los vecinos a cerrar herméticamente los balcones.

El prestigio y la propaganda aumentaba de una manera fabulosa.

Doña Matildita, tía Elsa y las demás del ropero, sus primeras descubridoras, nada tenían que hacer.

Si en pago a su caridad y corazón compasivo querían seguir granjeándose un lugarcito en el cielo, debían recurrir a otros medios.

El suburbio pertenecía ahora al teatro, al cine. Era el alma de las novelas, de los cuentos, de los versos. Cualquiera pensaría que se trataba de un privilegio como un clima, un paisaje o de algo muy traído y llevado por los turistas, como la torre Eiffel, la Giralda, el Puente de los Suspiros, la Fontana de Trevi...

El suburbio se había convertido en la moderna mina del rey Salomón.

Durante algún tiempo estuvo dudando. No, no lo consultaría con nadie. Ni siquiera con tía Elsa. Puso unos billetes en el bolso y tomó un taxi.

Cuando estuvo en lo más populoso de aquel barrio, creyó conveniente bajarse y continuar a pie.

Dejó la calle principal para meterse por las callejas. Pasó ante innumerables bares, tabernas, una plaza, la escuela, dos fábricas, el cementerio.

De pronto se encontró ante una moderna barriada. Las casas se elevaban formando amplias calles con zona verde, árboles, bancos.

Los niños jugaban a la pelota o corrían persiguiéndose; otros merendaban, pacíficos, sentados alrededor de la fuente.

Estaba segura de haber equivocado el camino y retrocedió.

Cruzó por nuevas calles con casas de uno o dos pisos. Tiendas de ultramarinos, panaderías, talleres, un estanco.

Varias vecinas, sentadas a las puertas, la miraron curiosas, pero ella continuó su marcha sin atreverse a preguntar.

De nuevo, dió la vuelta. Otro grupo de viviendas, semejante al anterior, apareció ante ella.

Junto a la caseta de información un viejo, que vendía pipas, le dijo:

—Si busca cuarto tendrá que mirar en los nuevos bloques. Es por allí—le señaló—. Están construyendo dos grupos más porque éstos están todos ya ocupados.

Los tacones se le hundían en la arena. Había sido una torpeza ponerse aquellos zapatos. Torció en dirección opuesta a la que el viejo de las pipas le había indicado, encontrándose, de pronto, en pleno campo.

A lo lejos se divisaban unas casuchas. "Puede que sea allí", se dijo cobrando ánimos.

Las quince o veinte chabolas estaban diseminadas sin orden. Eran de aspecto miserable, con los techos de uralita. Una mujer cosía ante la puerta de una. Otra canturreaba meciendo un niño. En un corralillo lavaba una tercera. Volvieron la cabeza, curiosas.

—¿Qué buscará esta pájara por aquí?—dijo una.

—Será una turista—respondió otra.

—Se habrá creído que esto es la Costa del Sol.

Las demás rieron y ella apresuró el paso.

En un terraplén jugaban unos chiquillos.

Al llegar a la altura de la última chabola vió venir una niña con un capacho. Tendría unos diez años. Calzaba zapatillas y vestía un trajecillo claro y una rebeca roja. Se detuvo junto a ella.

—¿Tienes algún hermanito?

—No señora.

—¿Es que no hay niños pequeños en este barrio?

—¡Ya lo creo! El de la señora Justina, el de la Maruja, los dos de la Paquita, el de la Amparo, los mellizos de la señora Juana, los tres del señor Pascual, el trapero, los de mi tía Teresa...

Y así hubiera continuado si ella, abriendo el bolso y sacando un billete de cien pesetas, no la hubiera interrumpido.

—Toma, para que te compres...

Y se quedó cortada. No había visto por allí ninguna confitería ni tienda de juguetes. De pronto, acordándose del viejo de las pipas, terminó la frase aliviada:

... para que te compres unas pipas.

CONCHA LAGOS